

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 4 de Marzo de 1883. | SERIE VIII—N. 92

Las Parábolas.

Jesucristo ha enseñado á los pueblos y á las naciones los sublimes preceptos de su moral divina, por medio de *Parábolas*. Ha querido conformarse con los gustos y costumbres de esa literatura oriental, que eleva á la contemplación de las más altas verdades, valiéndose de esas bellas imágenes que por dó quiera nos ofrece el mundo visible, de esas vivas escenas que á cada paso nos presenta la naturaleza material y sensible, de esas graciosas alegorías que encadenan el orden intelectual y moral á los dulces sentimientos que despierta en el alma el admirable concierto de toda la creación.

La luz radiante del evangelio cristiano no habría alumbrado ese caos tenebroso de la conciencia humana, sino se hubiera colocado sobre el candelabro de la razón universal, para esclarecer todas las inteligencias, desde las más elevadas y profundas hasta las más superficiales y sencillas.

Esa luz celestial y divina, Verbo sustancial del eterno pensamiento del Padre, es la que *ha alumbrado siempre á todo hombre que viene á este mundo*. Encarnada para aparecer entre los hombres revestida de nuestra humana naturaleza, no podía perder su condición esencial, ni ocultarse á la mirada inteligente de cuantos con ella quisieran disipar las oscuras tinieblas de la ignorancia, del error y del pecado.

El Hijo del hombre no ha dejado de ser al propio tiempo el eterno pensamiento de Dios, la imagen viva de su divina sustancia. En el orden natural le pertenecen los vastos dominios de la inteligencia, y los soberanos destinos de la razón y de la ciencia: en el orden sobrenatural, también le corresponden las maravillas de la gracia, y los prodigios de la regeneración y de la vida.

—“De muchos y diversos modos, nos dice el Apóstol, ha hablado Dios en otro tiempo á los hombres; pero en estos últimos días nos ha hablado directamente por medio de su propio Hijo unigénito.”

Esa palabra divina, anunciada por el ministerio augusto de los patriarcas, de los profetas, del pueblo de Israel y de las primitivas tradiciones humanas, llegó casi á desaparecer por completo en el torbellino de las pasiones, y en esa confusión eterna de la sabiduría mundana y del culto idolátrico de los pueblos separados de la primera comunión de la fé. Algunas trazas, medio borradas, pudieron apenas conservarse en medio de la dispersión de los gentiles; y por una especial providencia, los mismos esfuerzos empleados por la fábula, la mitología y las vanas tradiciones, para hacerla desaparecer por entero, sirvieron más bien para grabarlas profundamente en el corazón de las naciones y de los pueblos.

El Cristo es el Verbo divino, que siempre se ha comunicado á los hombres: es su luz y su razón natural; es su camino, su verdad y su vida. Él ha venido á tomar posesión de *los suyos*; pero *los suyos no le recibieron*: ha brillado *en medio de las tinieblas*; pero *las tinieblas no le han podido comprender*. Estaba *en el mundo*, y el mundo por Él fué hecho; pero el mundo jamás le conoció.

—“*Sin embargo*, añade San Juan, de quien son estos divinos pensamientos, *el Verbo ha dado en todo tiempo á cuantos le han recibido, la postestad de hacerse hijos de Dios, por haber llegado á creer en su nombre.*”

Ese Cristo hecho hombre, enseñando al mundo, y conversando humanamente con los hombres, es el Mesías por tantos siglos esperado, el *Descado de los collados eternos*, como le llaman nuestros libros santos, el *Maestro celestial* de la humanidad, como le apellidó la antigua sabiduría profana, el *Salvador de los hombres y de los pueblos*, como á una voz le proclamaba la moderna sabiduría cristiana.

—“*Saltando por sobre los montes, y brincando por encima de las colinas,*” según la valiente espresión de uno de nuestros mayores profetas, ha venido á situarse en medio de los hombres, para mostrarse su guía, su salud y su vida. Su palabra omnipotente, confirmada por signos y prodigios nunca vistos, resonó en los desiertos y poblados de la Palestina, en las riberas del mar de Galilea, en los márgenes del Jordán, en el recinto sagrado del Templo, en el seno de las sinagogas; pero sus écos inmortales, reforzados por la voz infalible y viviente de la Iglesia y del Papado, ha atravesado inalterable las densas capas de las humanas generaciones, para llegar hasta nosotros, formando las delicias del corazón y los encantos de esa vida espiritual y divina, que constituye el fondo de la civilización y del progreso cristiano.

¿Y cómo ha podido Jesucristo, en medio de ese continuo vaivén de las pasiones humanas, asegurar en el centro mismo de las tumultuosas tempestades del corazón y de la conciencia, el predominio de su divina enseñanza, la vida de su religión y de su fé, la observancia de su moral y de su doctrina?

Hay en el conjunto admirable y armonioso de las enseñanzas cristianas, dos elementos, que se notan, advierten y distinguen, aún por el entendimiento menos elevado y perspicaz: el elemento divino y el elemento humano. El primero toca al fondo del cristianismo, es el mismo Cristo, el mismo Verbo eterno, la misma Sabiduría infinita del Padre, sirviendo de alimento y pábulo á nuestras inteligencias, de guía y camino á nuestras voluntades, de salud y vida á nuestros corazones. El elemento humano correspondiendo más bien á la forma natural y visible del cristia-

nismo, es su modo de ser entre los hombres, su manera de subsistir en el tiempo, el ropaje que reviste para hacerse accesible al humano entendimiento, y acomodarse á nuestras necesidades del orden espiritual y temporal.

Esa forma, aunque exterior, debe ser un vivo reflejo del fondo, esencialmente divino, de la religión cristiana; debe ser su más auténtica manifestación, su expresión más cumplida y mas perfecta.

Esto basta para darnos á conocer, aunque de lejos, las razones que movieron á Jesucristo á adoptar la forma alegórica de las *Parábolas*, para enseñar los preceptos de su moral, y grabar para siempre en nuestros corazones las máximas sublimes de su celestial doctrina.

Las *Parábolas* del Evangelio están tomadas de asuntos muy comunes y de objetos muy conocidos de todos, especialmente de la agricultura, de los árboles, del servicio doméstico, de los placeres inocentes de la mesa, de la organización de la familia, del orden social, &c.

¿Quién no admira con asombro, y no admirará eternamente, las divinas enseñanzas que entrañan, en medio de una sublime sencillez, las *Parábolas* del *Sembrador*, de la *Higuera*, de la *Viuda* y del *Juez*, del *Fariseo* y *Publicano*, del *Siervo infiel*, de las *Diez Virgenes prudentes y fatuas*, del *Hijo pródigo*, de los *Viñadores rebeldes*, de los *Convidados al festín nupcial*, del *Grano de mostaza*, del *Tesoro descubierto*, de la *Perla encontrada*, de la *Atarraya echada al mar*, y otras muchas de que está lleno el Evangelio?

Estas figuras y parábolas, salidas de los labios del Salvador, que vino á alumbrar al género humano todo entero, se acomodan igualmente á todas las inteligencias, y encadenan en la verdad moral del cristianismo á todas las almas y á todos los corazones. Los bellos sentimientos que inspiran y hacen brotar del fondo del alma, nos cautivan para hacernos amar tiernamente esa moral pura y severa, que forma los encantos del corazón en las majestuosas armonías de la naturaleza creada.

Las *Parábolas* revelan también uno de los secretos más ocultos de la razón humana, tal como quedó después de ser herida por la culpa original.

—“Para llegar á la inteligencia, dice un moderno apolojista, para hacerla aceptar la verdad, y sobre todo la verdad religiosa, es preciso ante todo, separarla, aislarla, sorprenderla hasta cierto punto, en su completo aislamiento de la voluntad; y entonces, y después de esto, de un solo golpe, por medio de una figura, una imágen, un hecho simple y grandioso, alumbrarla con una luz inesperada y muy viva, á la cual no pueda resistir.”

Tal es el objeto de la *Parábola*.

Los efectos maravillosos que ella ha producido en el seno de la religión cristiana, confirman la acertada elección hecha por Jesucristo de un medio tan poderoso para lograr sus altas miras en la propagación y mantenimiento de la verdad religiosa.

San Salvador, Febrero de 1883.

SEUCION PIADOSA.

Domingo IV de Cuaresma.

Este domingo se llama comunmente el *Domingo LAETARE*, que quiere decir *alegrarse*, de la palabra con que empieza la misa del mismo.

La Iglesia permite, hasta cierto punto, que en este domingo haya alguna relajación en el rigor de sus prácticas de mortificación y penitencia, que impone

en la cuaresma á todos los cristianos. Así lo dá á comprender hasta en las ceremonias de su culto, disminuyendo algún tanto su fúnebre aparato, y la melancolía de los cantos con que dirige al cielo en este tiempo sus fervorosas plegarias.

Mescla la alegría á la tristeza, los goces del alma á las penas y á los dolores del cuerpo.

Nos hallamos á la mitad de la cuaresma, y es preciso sostener las esperanzas invisibles del alma con dar tregua á las esperanzas en la mortificación de los sentidos.

Los ministros sagrados que asisten al sacerdote á la hora del sacrificio, dejan las planetas, signo de penitencia, para revestir las dalmáticas, signo de gozo y de alegría. El órgano, que envuelve nuestras plegarias y oraciones en sus dulces y melodiosos sonidos para elevarlos al cielo, no deja oír sus acentos en las bóvedas de nuestras catedrales y basílicas en el santo tiempo de cuaresma, para indicar con ello que ningún otro ropaje debe acompañarlos, sino es el espíritu de abnegación y penitencia; pero en este domingo vuelve á dejarse sentir, como interrumpiendo aquel fúnebre silencio, para significar las alegrías del alma y las justas esperanzas del corazón.

¡Cuanta sabiduría preside siempre á las inspiraciones de la virtud y de la gracia, con que la Iglesia encamina nuestras almas á los umbrales de la eternidad y de la vida! El suave recuerdo de ese porvenir, que nos espera, henchido de felicidad y de vida, de goces inmortales y de eternos regocijos, es lo único que puede mantener en pié nuestra debilidad y miseria, ante la necesidad de deber vivir crucificados en la vida presente, á los atractivos lisonjeros y á los engañosos encantos que el mundo nos ofrece!

En otro tiempo la Iglesia, tierna y bondadosa madre que, compadecida de nuestras desgracias procura endulzarnos las incomodidades de la vida, permitía en este domingo algunas diversiones y recreos inocentes, que servían como para regar algunas flores en ese espinoso sendero de la virtud austera, que nos lleva á gozar de las delicias del cielo.

Los abusos á que dieron lugar semejantes prácticas entre los cristianos poco fervorosos, fueron motivo para que la misma Iglesia derogara tales concesiones. Algunas trazas de ello, y como un símbolo de esas inefables alegrías que se mesclan á nuestros ejercicios de mortificación y sufrimiento se conservan todavía en la preciosa ceremonia de la *Rosa de oro*, que en este día bendice con gran solemnidad en la Capilla sistina el Soberano Pontífice, para regalarla á uno de los príncipes ó princesas, que hayan dado mayores pruebas de adhesión á los principios católicos, y de protección y defensa de los sagrados derechos de la Iglesia.

Ah! cuantas veces el inmortal Pontífice Pío IX, y el que hoy dirige los grandes destinos del cristianismo, se han visto en la necesidad, por razón de los calamitosos tiempos que atravesamos, de enviar la *Rosa de oro*, no á Príncipes reinantes, que parece haberse rebelado todos contra la obra de Jesucristo y la divina institución del Papado, sino á príncipes ó princesas que carecen de dominación y autoridad, y que se han conservado inalterables en su fé, en medio de ese universal naufragio de los Potentados de la tierra!

En Roma, capital del orbe católico, se observa también en este día otra costumbre piadosa, al paso que alegre y festiva, que recuerda las sabias instrucciones de la Iglesia sobre los destinos de la humanidad y de la vida. Viene á ser una reminiscencia de antiguas instituciones, á que siempre procura vincular sus más importantes enseñanzas. Nos referimos al *Paseo de Frascati*, en que toman parte todos los habitantes de Roma, grandes y pequeños, ricos y pobres, eclesiásti-

cos y seculares. Desde muy temprano de la mañana, y por todo el día hasta la caída de la tarde, se ven numerosas caravanas de gentes de todas clases y condiciones, dirigirse por la puerta y vía lateranenses a la ciudad de Frascati, á doce millas de distancia, en alegre paseo y festiva peregrinación. Allí permanecen más ó menos tiempo entretenidos con sencillas y variadas recreaciones; y al volver á Roma, todos traen en la mano, en la cabeza ó el vestido, frescas y vistosas flores, ya sueltas ó ya en forma de *bouquets*, como para indicar el júbilo que inunda su corazón y su conciencia.

Todo en la religión es armonía, todo es orden y concierto en los principios y en la práctica de sus virtudes y de su culto. Este entusiasmo y esta alegría, con que la Iglesia alienta en este domingo el corazón de sus hijos para animarlos en la austeridad de las penitencias y en la mortificación de sus pasiones, viene á adquirir mayor fuerza en un grato recuerdo, que trae á nuestra mente, con la lectura y el canto del Evangelio, tomado del capítulo 6.º de San Juan.

Se nos refiere allí el estupendo milagro de la multiplicación de los panes en el desierto, símbolo augusto de la divina Eucaristía, que más tarde debía instituir el Salvador en su última cena para quedarse perpetuamente con nosotros sirviendo de alimento espiritual á nuestras almas.

Hallábase el divino Maestro en Cafarnaum, por el mes de Marzo del tercer año de su vida pública, cuando los Apóstoles vuelven á darle cuenta del resultado de la misión que habían ido á desempeñar, predicando el reino de Dios por todas las ciudades y pueblos de la Judea. Oye Jesucristo la interesante relación de sus enseñanzas, de sus prodigios y milagros, y les invita á que le acompañen pasando con él al otro lado del mar de Tiberiades, para dirigirse á descansar de sus fatigas en un desierto colocado á las inmediaciones de Betzaida.

El retiro, el silencio y la oración sirven para concentrar el alma dentro de sí misma, y darse cuenta de lo que ha hecho por la gloria de Dios y su propia salvación.

Sube Jesús á un monte, y allí se sienta con sus discípulos; pero una gran multitud de gentes, que se informaron de su nueva determinación, guiados por las maravillas de los milagros que obraba en alivio de todas las miserias humanas, se encaminan y dirigen al mismo sitio, viniendo á pie de diversas regiones y lugares.

Se acercaba ya la solemnidad de la pascua, durante la cual debía consumarse el gran sacrificio espiatorio de la redención humana. Aquellos momentos eran supremos, y Jesucristo redobla sus esfuerzos y toda la eficacia de su celo por la salvación de las almas.

La tarde declina, y aquel día venturoso y memorable, pasado en celestiales conversaciones y en la predicación de altas verdades, parece llegar á su término.

Jesús levanta sus ojos y observa la multitud de turbas que le rodean y le escuchan. Un sentimiento de compasión, de misericordia y de ternura, brota del fondo de su divino pecho, al punto mismo que se dirige á Felipe, uno de sus apóstoles, para decirle:

—“¿Dónde compraremos panes para que coman estas gentes?”

Hizo el Salvador esta pregunta por probar á sus apóstoles, y nó porque Él no supiera lo que debía hacerse.

Felipe le responde:

—“Con doscientos denarios de pan no habría lo bastante para que cada uno comiera un pedacito.”

Andrés, hermano de Pedro, dijo:

—“Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces; pero esto, ¿de qué servirá para tanta gente?”

Entonces Jesús mandó que se hiciera sentar á todas las turbas sobre la yerba, y los apóstoles así lo hicieron sentándose todos en grupos ó ranchos de cien en cien y de cincuenta en cincuenta.

En seguidas toma Jesús los panes, los bendice y dá á los apóstoles, para que ellos los distribuyan á los concurrentes. Hizo otro tanto con los dos peces, y todos comieron hasta haber quedado completamente satisfechos, y todavía quedó un sobrante considerable de pan, de que se llenaron doce canastos.

A la vista de un prodigio tan extraordinario de la divina Omnipotencia, las turbas no pudieron menos que reconocer, que Jesús era verdadero Profeta y el Mesías que esperaban. Quisieron tomarle como á la fuerza para proclamarle su Rey; pero Jesús, conociendo tales intenciones, trató de escaparse de su presencia, y de nuevo se retiró en lo más oculto del desierto.

De este prodigio, que se repitió poco más tarde en otra ocasión semejante, Jesucristo tomó partido para explicar y dar á conocer anticipadamente el augusto misterio del adorable sacramento de su cuerpo y de su sangre en la divina Eucaristía: tan cierto es que Él era un símbolo inefable de tan venerando misterio.

Cinco mil fueron los que se alimentaron de aquel milagroso pan en el desierto, sin contar con los niños y las mujeres: de la divina Eucaristía se alimentan todos los fieles unidos á Jesucristo por el santo vínculo de su amor, y que forman su cuerpo místico mediante el lazo sagrado de su comunión divina.

CRONICA EXTRANJERA.

Roma.

Hace poco que una multitud de franceses católicos, después de haber ido en peregrinación á los santos lugares de Jerusalén, llegó á Roma para tributar al Vicario de Cristo un testimonio de fé y de adhesión, en nombre propio y en el de todos sus compatriotas católicos.

La Santidad el Sr. Leon XIII los acogió y recibió en audiencia, con un entusiasmo verdaderamente paternal.

Contestó á su mensaje con el siguiente discurso lleno de doctrina, de cuya interesante lectura no queremos privar á nuestros suscritores.

Discurso de S. S. el Sr. León XIII

A LOS PEREGRINOS FRANCESES.

¡Benditos seáis, queridos hijos! Francia os envía á Nos también este año, y quiere darnos un nuevo testimonio de su piadosa adhesión. Bienvenidos seáis, volvemos á repetir para expresaros la alegría, que experimentamos al veros de nuevo. Animados de un sentimiento de fé sincera, penetrados de la necesidad de templar la justicia de Dios y de hacerla propicia á vuestra patria, tan rudamente probada, habéis emprendido en gran número y con espíritu de penitencia y reparación, la grande peregrinación á los Santos Lugares de Palestina. Os felicitamos por haberla realizado felizmente á la sombra de la cruz.

Ese mismo espíritu de espiación ha guiado en seguida vuestros pasos á los santuarios de Italia, y después de haberos arrodillado sobre el sepulcro del humilde penitente de Asís, habéis venido aquí para poner el sello á

vuestro edificante viaje. De corazón damos, queridos hijos, nuestros merecidos elogios á la idea que ha presidido á vuestra noble empresa, y vemos con alegría y particular satisfacción que habéis unido vuestra peregrinación á los Santos Lugares á la que os trae á la Roma pontificia, y á los pies del Vicario de Jesucristo.

Al inclinarnos sobre esa tierra sagrada de Palestina, donde se han realizado los inefables misterios de la Redención, habéis sin duda meditado en medio de vuestras lágrimas sobre la ingratitud de los hombres que preparan el Calvario al Hijo de Dios, bajado del cielo para colmarlos de beneficios y darles la salvación.

Pues bien; la Iglesia militante, que reproduce en este mundo la imagen de la vida mortal del Salvador, debía esperar también ser tratada por los hombres como lo fué su divino Fundador. ¿No la vemos, en efecto, objeto incesante del desprecio, de las persecuciones y del odio de los impíos? Al que por voluntad del Altísimo ocupa en la tierra el terrible cargo de Jefe supremo de la Iglesia, no podía menos de estar reservada en todos los tiempos, gran parte de los dolores de Jesucristo. Pero en verdad, esos dolores parecen haber excedido en nuestros días toda medida, sobre todo desde que la impiedad ha establecido violentamente su sede en Roma.

La soberanía que aún se deja al Papa, recuerda la púrpura y el cetro de Nuestro Señor en el pretorio; las calumnias, los insultos, los ultrajes con que se ve abrumado á cada instante, despiertan el recuerdo de las humillaciones infligidas al Hijo de Dios. El Pontífice Supremo, privado de su libertad, se encuentra á merced de poderes que le son hostiles, como lo fueron á su Divino Maestro, y, prosiguiendo esta dolorosa comparación, parecemos que vemos en vosotros, queridos hijos, á los representantes de los fieles discípulos y de las valientes mujeres, que nunca han querido separarse de Jesucristo.

Como ellos, participáis de nuestras penas y os esforzáis por aliviarnos la pesadumbre. Esta constancia, esta fidelidad, esta devoción sincera, de que tantas pruebas nos habéis dado, las alabamos en alta voz: os estamos reconocidos y os animamos á perseverar en esos hermosos sentimientos de piedad filial.

Y puesto que hoy tenemos el consuelo de dirigiros la palabra, siguiendo la misma comparación y dirigiendo nuestro pensamiento á Francia, os repetimos las palabras que el Salvador decía á las piadosas mujeres que le seguían al Calvario: *Plete super vos, et super filios vestros.* "Hijas de Jerusalén, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos."

Causa estremecimiento el ver los esfuerzos que las sectas impías hacen actualmente para corromper á Francia, y para despojarla del glorioso carácter de nación católica. Espanta ver la guerra, que han declarado á la religión y al mismo Dios.

En este momento de incontestable gravedad, en presencia de tales peligros, un imperioso deber os incumbe, queridos hijos: el de velar por la salvación de vuestra patria, redoblando el celo y la actividad para defender los intereses religiosos, seriamente amenazados.

Más, para que esta defensa sea eficaz, necesitase ante todo la unión, el acuerdo fraternal de todos los buenos católicos; necesitase que los hijos fieles de la Iglesia sepan imponer silencio á los discentimientos de opiniones humanas, que con frecuencia los dividen; necesitase que aprendan á resistir con firmeza y unión, al mal que invade á toda la sociedad; necesitase que jamás olviden, que las divisiones entre hermanos debilitan la resistencia más legítima y dan fuerza á los enemigos de la verdad.

Y como se trata ahora de un combate esencialmente moral y religioso, es de necesidad absoluta que este combate se dé, siendo conducidos y dirigidos por los Obispos, que ha establecido el Espíritu Santo por Pastores de los fieles; y que, unidos á Nos, son vuestros guías legítimos.

Nos, pues, os exhortamos á todos, queridos hijos, á que siempre os mostréis dóciles á su voz y á que secundéis cuanto ellos emprendan por la religión, y para la salvación de vuestras almas.

Esta concordia y esta unión, estrechando más vuestras filas, os dará la victoria, y con la ayuda de Dios, sal-

vará á Francia; y Nos veremos con satisfacción y alegría que se renueven las grandes obras, que han ilustrado á vuestra nación en el trascurso de los siglos.

Nos deseamos, que estas palabras sean escuchadas por todos los católicos y recibidas con aquel espíritu de docilidad y sumisión filiales, de que vosotros mismos estáis animados.

En tanto Nos imploramos del Altísimo para Francia los favores celestes, y en testimonio de nuestro afecto paternal, os concedemos á todos los que estais aquí presentes la bendición apostólica.

NOTICIAS SUELTAS.

Ir por lana y salir trasquilado. El Gobierno republicano en Francia, entre los innumerables medios que ha empleado para perseguir el Catolicismo, uno de ellos ha sido la expulsión de las órdenes religiosas, aún de las hospitalarias.

Quiso demostrar al mundo que las órdenes religiosas no son un elemento necesario al bien social, ó por lo menos, que lo que ellas hacen puede suplirse perfectamente por otras instituciones creadas por el Gobierno, y de origen civil.

Para esto, lanzó á las Hermanas de la Caridad de los Hospitales de Troyes, y confió su cuidado á algunas señoras laicas que hiciesen sus veces, por supuesto ganando cada una un inmenso sueldo, y vociferando altamente su *filantropía civil*.

Pero ¡ah! que la Caridad no se sustituye ni con el oro, ni con la filantropía!

Todo fué muy bien en los Hospitales, mientras no faltó el sueldo ni hubo peligro! Pero por desgracia se asomó por Troyes la fiebre tifoidea, y al punto las señoras *filantropas*, sin tener más tiempo y para recoger sus mesadas, huyeron, como una vandada de palomas al ver al cazador, y dejaron á los enfermos en completo abandono.

Entonces las Hermanas de la Caridad expulsadas hicieron este sublime acto de abnegación, cuya relación copiamos de un periódico:

ABNEGACIÓN CRISTIANA.

"La prensa de París aplaude la abnegación de las Hermanas de Caridad de Troyes, que á consecuencia de haber desertado de los hospitales las enfermeras laicas para no asistir á los tifoideos, se presentaron ellas á hacer dicho servicio, pereciendo algunas de ellas víctimas de la epidemia. Se ha desarrollado esta enfermedad con alguna intensidad en París y en otros puntos de Francia."

En presencia de este hecho, toda la Francia y ojalá todo el mundo, se convencerán de estas dos verdades:

Que ni el oro ni la filantropía pueden sustituir el heroísmo de la caridad cristiana.

Que el Gobierno republicano de Francia, al querer sustituir á las Hermanas de Caridad, con señoras laicas en el servicio de los hospitales, fué por lana, y salió trasquilado.

¡Almas generosas!—El Sr. Thiroux, abogado francés de mucha nombrada, acaba de renunciar un brillante porvenir que prometíale el mundo, á fin de entrar en un Seminario y estudiar para Sacerdote.

Lo mismo había hecho dos ó tres años ha otro distinguido abogado de París, el Sr. Conelly, quien ha sido recientemente ordenado y nombrado catedrático en una Universidad católica de Francia.

Triunfos del Catolicismo.—En extremo con-

soladoras son las noticias que se reciben del Indostán, acerca de las numerosas conversiones que se verifican en aquel país.

En una sola provincia, se levantan actualmente 14 iglesias y 17 capillas, además de un Seminario para la educación eclesiástica de la juventud indígena.

En la Patagonia, en esa inmensa región del América del Sur, se obtienen resultados parecidos, gracias al celo y actividad de los misioneros de San Francisco de Sales, fundados por el sacerdote italiano, Juan Bosco, de Turín, á quien alentaron para tan árdua empresa los consejos y la bendición del inolvidable Pío IX.

Cruzada de niños.—La Cruzada contra la enseñanza sin Dios, extendida en Francia por los celadores del Apostolado de la Oración, progresa más y más cada día.

El Ilustrísimo Señor Obispo de Moulins ha hecho fundir una medalla para que la lleven al cuello todos los niños, aún los que todavía no saben hablar. Sus madres rezarán por ellos la oración, y ellos besarán la imagen de nuestro Señor Jesucristo, que extiende sus amorosas manos para bendecir á los niños presentados á él por sus madres, diciéndoles: "*Dejad á los niños venir á mí.*"

Al otro lado de la medalla se lee, al rededor de la imagen del divino corazón de Jesús, la oración que los asociados deben decir todos los días: "*¡Oh Jesús! no permitas que nos alejemos de Vos; salvad nuestras almas!*"

La Semana Católica de Madrid.)

Las Catedrales.—No deja de ser curioso este dato de un periódico extranjero.

El número de personas que pueden contener las grandes catedrales de Europa, se ha calculado del modo siguiente:

La de San Pedro en Roma.....	54,000
La catedral de Milán.....	37,000
La de San Pablo en Roma.....	25,000
La de Nuestra Señora de París.....	21,000
La catedral de Pisa.....	13,000
La de San Marcos en Venecia.....	7,000

Dignidades eclesiásticas.—El anuario oficial de la Santa Sede para el año 1883, que acaba de aparecer, dá los siguientes detalles:

El Papa León XIII es el 263º sucesor de San Pedro. El colegio de Cardenales, que se compone de 70, no cuenta en la actualidad más que 65; de ellos 6 del orden de obispos, 46 del orden de presbíteros y 13 del orden de diáconos.

Entre estos cardenales, uno solo, el cardenal Schwarzenberg, resto de los creados por el Papa Gregorio XVI, 46 son elevados por Pío IX y 21 por León XIII. De estos príncipes de la Iglesia, 4 son octogenarios, 29 septuagenarios, 15 han pasado de los sesenta años, 13 de los cincuenta y 2 de los cuarenta.

Desde la exaltación de León XIII al trono pontificio, ha arrebatado la muerte 20 cardenales del Sacro-Colegio.

La gerarquía Católica posee 1,289 títulos: de ellos hay 1,960 ocupados como sigue: cardenales, 65; título cardinalicio provisional, 1; patriarcas de los dos ritos, 10; arzobispos del rito latino, 145; obispos, 618; arzobispos y obispos del rito oriental, 49; prelados *nullius diócesis*, 15; diócesis reunidas en administración provisional, 19; legados apostólicos, 6; vicarios apostólicos, 102; prefectos apostólicos, 29; vicariatos y prefecturas en administración provisional, 9.

Bajo el pontificado de León XIII, se han creado

tres sedes archiepiscopales; dos sedes episcopales han sido elevadas á archiepiscopales; la gerarquía católica se ha aumentado con quince sedes episcopales, seis vicariatos apostólicos, tres prefecturas apostólicas y una prefectura elevada á vicariato.

Catolicismo en Canadá.—El país está dividido en 20 diócesis, que 1880 contaban en 23 Prelados, 1,542 iglesias, 434 capillas de misiones, y 1,846,800 Católicos.

La instrucción está muy extendida en las provincias de Quebec y de Ontario. La primera de estas tiene cinco grandes Seminarios con unos 450 eclesiásticos tonsurados, que se preparan para el Sacerdocio. Cuenta también las Univeidades de Laval en Quebec y de Megill en Montreal; los Colegios clásicos de San Sulpicio y de los Jesuitas en esta última ciudad, con los de Quebec, de Tres-Ríos, de San Jacinto, de Rimuski, de Nicolet, de Santa Teresa, de Santa Ana, de la Asunción, de Santa María del Muir y de Sorel.

Posee además 16 colegios industriales; 66 Academias para niños; 72 para niñas; 260 escuelas modelos; 20 establecimientos de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, frecuentados por 9,000 niños—(*Misiones Católicas.*)

SECCION DE VARIEDADES.

Más hace el que quiere, que el que puede.

Había en la guarnición de Ostende un soldado tan iracundo y blasfemo, que por la menor contradicción se ponía furioso como un energúmeno.

Conociendo sus compañeros su genio, procuraban molestarle por el horrible placer de verle fuera de sí, echando palabrotas como si por su boca hablara el mismo Satanás.

Votos, por vidas, maldiciones, imprecaciones, blasfemias, juramentos, obscenidades; cuántas palabras malas se pueden proferir contra Dios y los hombres, salían de sus impíos labios con frecuencia, proferidas con ira diabólica.

No faltaron soldados buenos, ó menos malos, que le reprendieran en algunas ocasiones, y aún jefes que le castigaran, aplicándole las penas decretadas en la Ordenanza. A veces respondía á las amistosas cristianas amonestaciones con nuevas ofensas á Dios, diciendo palabras más escandalosas con nuevo furor y saña. Otras veces, reconociendo su culpa y viendo que, si le reprendían, era por su bien y con buenos modos, decía con aire de convicción:

—*Es imposible. Tengo ya contraído tal hábito, que no me puedo vencer.*

Esto contestaba principalmente al Capellán, que solícito de su conversión, le llamaba aparte para darle á conocer el mal camino que llevaba.

Dios Nuestro Señor se vale muchas veces de castigos y desgracias, para atraer á así á los que se empeoran con los beneficios.

Aunque el infeliz Antonio (así se llamaba el soldado) estaba siempre sin un cuarto, hubo, con todo, una ocasión en que se hallaba además con deudas y apremiado por la necesidad.

Acudir á sus compañeros era inútil, porque se hallaban cansados de sus repetidas súplicas; pedir prestado peor, porque nadie se fiaba de él.

Como la necesidad carece de ley, le ocurrió un pensamiento que le pareció luminoso. Al quererlo rea-

lizar titubeó un tanto; pero al fin se decidió á romper por todo.

—El Capellán, decía Antonio, es muy bueno; por más que yo procuro huir de él, no se cansa de venir á mí, como si yo pudiese ser otro del que soy... ¡Nada!... Me voy á él bonitamente, y le expongo mi situación.

En efecto, busca al Capellán, y así que le vé, llevándose la mano á la cabeza, le saluda respetuosamente:

—Buenos días, padre Capellán.

—Muy buenos, Antonio, ¿cómo tu por aquí? ¿Qué se te ofrece?

—Pues, mire usted, padre Capellán, venía sencillamente á suplicarle que me prestase algún dinerito, porque me hallo con bastante necesidad y con algunas deudas.

—Mira, Antonio, no me gusta prestar; porque, como dice el refrán, *el que presta, no cobra; y si cobra, no todo; y si todo, no tal; y si tal, enemigo mortal*. Más por otra parte, te quiero bien y no has de salir descontento del Capellán la primera vez que acudes á él.

Metiéndole entonces el Capellán la mano en la faltriquera, sacó un doblón de oro y lo enseñó á Antonio. Viendo que se le iban á este los ojos tras el oro, le dijo sin soltar la moneda:

—¿Te bastaría con esto para remediar tu necesidad presente?

—¡Ya lo creo, señor Capellán! y aún me sobraría para remediar mucho de las futuras.

—Pues este doblón es tuyo, si haces lo que yo te diga. Y no te lo doy prestado, sino regalado; ó mejor dicho, en justa paga.

—El alma y la vida que usted me pida, la daré yo por ese doblón.

—¡Hombre! no tanto; pero si quisiera que meieras palabra de hacer lo que yo te diga.

—Concedido; que eso y mucho más vale un doblón.

—El doblón es tuyo, si estás una hora sin blasfemar. ¿Convienes en ello?

—Convenido: pero mucho me temo que se me va á ir la lengua. ¡Pero, un doblón es un doblón!

Viéndole el Capellán tan engolosinado con aquella moneda de oro, le dijo que le siguiese, y ambos empezaron á andar. Pero el buen sacerdote le llevaba de intento por los sitios más públicos, donde estaba tomando el sol los soldados.

—¡Mira, mira, qué devoto va Antonio! dijo uno de ellos: ¿si irá á confesarse?

—No, añadió otro; se ha vuelto amigo de los curas, y quiere hacerles compañía. De esta hecha sale predicador.

Antonio estaba ya para estallar; pero el Capellán le enseñó con disimulo el doblón, y pudo contenerse.

—¡Toma! decían otros á los que encontraron más adelante. ¡Aquel es Antonio! ¡Y qué devoto va; dentro de poco le tenemos en los altares, y habrá que rezarle *Padre nuestros!* Tendrá que ver!

Antonio apretó los puños y ya iba á soltar una barbaridad; pero viendo aparecer de nuevo el doblón entre los dedos del Capellán, se calló.

Así fueron recorriendo los diferentes puestos de guardia y los varios grupos de soldados, sin que en toda la hora se le escapase blasfemia alguna.

Al fin le dijo el sacerdote:

—¡Antonio! decías que no podías estar una hora sin blasfemar, y con todo lo has conseguido: *más hace el que quiere, que no el que puede*. Pues si por un doblón te has contenido, ¿no lo harás por el cielo? ¿No lo harás por evitar el infierno? ¿No lo harás por salvar tu alma? Jesucristo, que tanto padeció por tí, te lo pide desde la cruz. No vuelvas á blasfemar, como blasfeman los judíos y como el mal ladrón. Toma

el doblón, que tuyo es, pero prométeme que no blasfemarás más.

Antonio se había humedecido los ojos, empezando á derramar abundantes lágrimas de arrepentimiento.

—Padre Capellán, dijo, tiene usted razón. Si me he contenido una hora, ¿por qué no lo haré dos? Mucho temo de mi mala costumbre; pero lo que es ahora, estoy resuelto á convertirme de veras.

—Y si alguna vez se te escapa alguna barbaridad, contestó el sacerdote, arrepíentete en seguida, y verás como poco á poco, con la gracia de Dios, contraes una buena costumbre. Un clavo saca á otro clavo.

Así fué en efecto. Antonio guardó su propósito, y aunque muchas veces le hicieron rabiar sus camaradas, y algunas les respondió con maldiciones y blasfemias, con todo éstas fueron muy raras y al fin desaparecieron enteramente de su boca.

Entabló nuevo método de vida, y hasta llegó á frecuentar los Sacramentos.

Sus compañeros, viendo su mudanza, le empezaron á dar bromas, poniéndole motes; pero poco á poco fué cediendo la oposición, y su constancia en el bien obrar y su honradez le acarrearón el respeto y el amor de sus compañeros, y la confianza de sus jefes.

(De el Almanaque de los amigos del Papa.)

La Conciencia.

Nadie conoce el crimen perpetrado,
Ni en tí contempla un criminal odioso;
Ese mundo te juzga virtuoso
Y se humilla al hipócrita y malvado.

¿Acaso los misterios del pasado
Te arrebatan las dichas y el reposo?
¿Acaso día y noche, quejumbroso
Te cerca algún espectro ensangrentado?

No olvidarás lo que en la sombra has hecho,
Si no apartas á Dios de tu camino
Ó arrancas la conciencia de tu pecho;

Esa voz que te grita es tu destino.
Y á solas, y en las calles, y en el lecho,
Eternamente te dirá, ¡asesino!

M.

Irse á lo más seguro.

La madre de Melanchton, uno de los más famosos discípulos de Lutero y que era su segundo en la reforma protestante, había sido arrastrada por su hijo á la apostasía, siguiéndole en la pretendida reforma. Estando para morir, hizo llamar al *reformador*, y en aquel supremo momento, le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, por tu consejo dejé la Iglesia católica para abrazar la religión nueva. Voy á comparecer delante de Dios, y por el mismo Dios vivo te conjuro para que me digas, sin ocultarme nada, ¿en qué fé debo morir?

Melanchton bajó la cabeza y guardó silencio un momento. El amor de hijo luchaba en su pecho contra el orgullo del sectario.

—Madre mía, respondió al fin, la doctrina protestante es más fácil; la católica *es más segura*.

(Copiado.)

El veneno no se siente, pero obra.

Un pobre hombre era muy aficionado á la lectura de libros frívolos.

Cierto día le reconvinó su esposa, por esta mala costumbre.

—No te inquietes por eso, contestó.—¿Qué mal creés tú que me puede hacer? *Yo me olvido de todo al poco tiempo de haberlo leído.*

—Papá, le dijo su hija que escuchaba la conversación, ¿qué comimos el domingo pasado?

El padre, sorprendido no sabía que responder, y concluyó por decir que no se acordaba.

—Bien está, exclamó la hija, no os acordais, y sin embargo esa comida olvidada os alimentó.

Esta sensilla réplica hizo sonreír al padre. Abrazó á su hija y desde entonces, renunció á lecturas tan fútiles como perniciosas.

(Copiado.)

La Primera Misa en América.

Cristóbal Colón, durante su vida, manifestó con hermosas pruebas la Fé que profesaba.

Católico no solo de nombre sino con el fervor de sus obras, buscó en todos sus actos la mayor gloria de Dios y el interés de la Religión.

Después de años de desaliento y de espera, habiendo al fin conseguido que el Gobierno Español aprobara su proyecto, acudió solícitamente al soberano Pontífice para que bendijera su viaje, y puso su empresa bajo la protección del cielo; y cuando plugo á una benigna Providencia coronar sus esfuerzos con el éxito, sus primeros pensamientos fueron los de manifestar sus agradecidos homenajes á Aquel, que le había preservado de los innumerables peligros á que había estado expuesto.

Entre los compañeros de Colón había sin duda algunos, movidos por el interés ó por alcanzar renombre; el valiente caballero atraído por romántica empresa; el intrépido navegante, ambicioso de ganar nuevos laureles en mares desconocidos, el aventurero vagamundo buscando novedades y emociones; pero la Iglesia que había bendecido la obra, buscó en la empresa un objeto más alto y más noble. Al lado del robusto é intrépido marino, se veía al dulce y celoso misionero cuyo único afán era extender el dominio de la Religión y llevar las alegres nuevas de salvación á los habitantes de las regiones que podían explorarse.

Así como el último acto del paidoso navegante antes de partir del puerto de Palós, en España, fué el de invocar la bendición del cielo para su expedición, así también su primer acto al pisar el Nuevo-Mundo, fué el de dar gracias á Dios, que había concedido á su viaje un éxito tan feliz.

Postrado en la tierra, que tanto y por tan largo tiempo había deseado, la besa llorando de alegría, y levantando los ojos y las manos al cielo, articula aquella hermosa plegaria que tiene por principio *Domine Deus, Æterne et omnipotens*, que fué sucesivamente repetida por todos los descubridores católicos.

Su ejemplo fué seguido por sus compañeros, quienes en el fervor de sus corazones, dieron gracias á Dios por haberlos conservado y humedecieron la tierra con sus lágrimas.

Por primera vez se ofreció en las playas de América, el augusto Sacrificio, por el Padre Juan Pérez, quien acompañó á Colón en su segundo viaje al Nuevo-Mundo.

Habiéndose elegido un punto elevado, se erigió un altar bajo un toscó dosel, y allí, por la primera vez en este vasto Continente, el sacerdote del Altísimo repitió las místicas palabras de la consagración y ofreció el Pan de la Vida. Allí entre las bellezas de la naturaleza, se pusieron los cimientos del Catolicismo en el Mundo Occidental.

Al rededor de este altar solitario y en este primer Sacrificio, Colón y sus marineros, se arrodillaron en humilde adoración, y exhalaban sus más ardientes plegarias. Agrupados á alguna distancia los rudos naturales, miraban la escena con mudo asombro. Al fin del santo Sacrificio, el ministro de Dios se volvió para dar una solemne bendición al venerable Colón y á sus compañeros, ante él arrodillados.

¡Cuán solemne ha de haber sido aquella hora! ¡Cuán grata al corazón del gran navegante que buscaba en todas sus empresas, más bien la conversión de los pecados y propagación de la Fé, que los honores ó la riqueza! ¡Cuánto se hubiera acrecentado ese gozo, á haber podido prever el vasto imperio que había de nacer de sus descubrimientos! imperio en el cual, en tiempos posteriores, el santo Sacrificio á que había asistido, se ofrecería, no en uno, sino en diez mil altares; cuando sus cien compañeros se multiplicarían en millones de verdaderos adoradores de Jesucristo.

Colón hizo que se celebrara el Santo Sacrificio de la Misa en todos los lugares prominentes que descubría.

En la Habana una de las capillas primitivas existe aún, en el lugar donde los naturales presenciaban atónitos la grande é imponente ceremonia, en la que por primera vez se proclamaba aquel sagrado Nombre, ante el cual toda rodilla se debe doblar.

En Isabella, en Hayti, todavía existen las ruinas de la primera Iglesia.

Tomado del Centinela Católico de Méjico.

El Angel de la Guarda.

En los anchos espacios
del firmamento
mora Dios con los Angeles,
Ángeles bellos;
y al que más ama
es el Angel querido
de nuestra guarda.

Son azules sus ojos,
pura su frente,
sus alas son tan blancas
como la nieve,
su rúbio pelo
en lluvia de oro flota
sobre su cuello.

Guarda del sueño inocente
de hermoso niño,
que en cuna mecedora
duerme tranquilo;
guarda su sueño,
y estampa en sus mejillas
sonóros besos.

Guarda del navegante
débil barquilla;
guarda del peregrino
la fragil vida:

guarda al soldado,
que en la sangrienta lucha
pide su amparo.

El nos guía amoroso
por esta senda,
arranca los abrojos
que nos dan pena
y siembra flores,
que quien las riega y cuida
fruto recoge.

Cuando la muerte airada
troncha la vida,
con puras oraciones
él nos auxilia;
y son sus ruegos
nubes llenas de aromas,
que van al cielo.

Con sus alas de armiño
cubre de cuna;
con sus alas de nieve
cubre la tumba
¡dichosas alas,
siempre tan compasivas!
¡siempre tan blancas!

Después, en las esféras
del firmamento,
tiende el Ángel sus alas
al lado nuestro,
y se sonríe, viéndonos en la gloria
siempre felices.

VICTOR IRANZO.

AVISO.

La agencia de **El Católico** no ha podido complacer el deseo de las muchas personas, que le han pedido el Catálogo de los libros de religión, moral y educación, por haberse retrasado su envío.

Pero, para suplir esta falta y llenar en parte esos deseos, se publica la siguiente lista de las obras que actualmente se encuentran en su oficina.

(Continuacion.) *

Catecismo acerca del protestantismo, por Cuesta.
Contrato del Hombre con Dios.
Caractéres de la verdadera devoción.
Colección de oraciones y obras piadosas.
Día feliz.
Dupanloup, El Domingo.
Dupanloup, ¿Dónde vamos á pasar?
Dupanloup, Estudios sobre la francmasonería.
Devota Costurera, folleto.
Devotísimas oraciones, Preces Gertrunianas.
Diamante Divino, con Semana Santa.
Devocionario, por Lavalle.
Devocionario, por Lavalle, con oraciones.
Devocionario para los niños pequeños.
Disertación sobre la conservación providencial de la Compañía de Jesus en Rusia.
Discurso sobre de la Infalibilidad del Romano Pontífice.
Disertación sobre el Celibato.
Discurso de la verdad.
Compendio breve de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, por el Padre Rivadenira.
Correspondencia entre un ex-director de seminario y un joven Sacerdote.
Compendio de historia sagrada, por Fleuri.
Consideraciones sobre el Dogma de la Iglesia Católica.

Diferencia entre lo Temporal y Eterno.
Diez días de preparación para la venida del Espíritu Santo.
Devoción al Sagrado Corazón de Jesus.
Despertador Eucarístico.
Delicias del Campo.
Diálogos de Cristo con el alma.
Dejemos las cosas como están.
Director de la niñez.
Discursos de la Sociedad de San Vicente de Paul.
Devocionario de los padres de la Compañía de Jesus.

Obras de Monseñor Segur.

Consejos Espirituales.
Combate de la Fé.
El gran error de nuestros tiempos.
El precepto pascual.
Espíritu de Santa Teresa de Jesus.
Mes de Junio, del Padre Franco.
¿Para qué sirven las Monjas?
Arte pastoral, por el P. Planas.
Catecismo de perseverancia, por el Abate Gaume.
Compendio del Catecismo, por id.
Miedo al Papa, por id.
El Cementerio, por id.
Historia de la Sociedad doméstica, por id.
Vida de la Madre Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma.

Obras de Niceto Alonzo Perujo.

Lecciones sobre el Sillabus.
Pluralidad de los mundos habitados ante la Fé Católica.
Narraciones de la eternidad.

Obras de Don Jaime Balmes.

Protestantismo.
Cartas á un céptico.
Escritos póstumos.
Miscelánea.
Poesías póstumas.
La Religión demostrada.
La Sociedad.
Calixta ó Bohejejo de la Iglesia en el siglo III.
Consideraciones sobre las siete palabras.
Commemoración del Deicidio.
Catolicismo en presencia de sus disidentes.

Comentarios al Kempis.
Corazón de Jesus, por Desjardins.
Corazón de Santa Gertrudis.
Coloquios de Jesucristo.
Conferencias sobre las Doctrinas de la Iglesia.
Compendio de la historia del Cristianismo.
Colección de Lecciones para mes de Mayo.
Centenario de Voltaire.
Devocionario, María Madre de Dios.
Pan nuestro, por Marte Cantó.
Devocionario, Aroma de la Infancia.
Dolores de María.
Dogmas del Cristianismo.
Diosa y la Furia.
Del Papa y de la Iglesia Galiciana.
Devoción al Corazón de Jesus.
Historia de la Sagrada Pasión, por Palma.
El Satanismo, por Manterola.
Historia filosófica de la Religión Cristiana.
Evangelio en triunfo.
Centinela contra los errores del Siglo.
Colección de opúsculos por Claret.
Colección selecta de discursos dogmáticos, ó Biblioteca completa de Oratoria sagrada.
Comunión de los santos.
Ciudad de Dios, por san Agustín.

(Continuará)

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.